

DISCURSO DE DON OSCAR A. GACITUA BASULTO

¡Quiera iluminarse mi mente y ser fácil mi palabra para rendir a la Universidad el homenaje que se merece en nombre de la Ilustre Municipalidad, vale decir de toda la ciudad! ¡Quiera este auditorio selecto comprender que es difícil, para quien no tiene condiciones, hacer vibrar la palabra hasta que traduzca los sentimientos más sinceros y profundos! Porque, aunque rico en sus matices y amplio en su vocabulario, siempre es pobre el idioma para traducir el pensamiento del hombre, que vuela más allá de todas las barreras y de todas las limitaciones.

Permitidme que os diga, al comenzar, que es grande el honor que he recibido de representar a la I. Municipalidad en esta fiesta magnífica con que se celebra un hecho culminante de la historia de la ciudad: la fundación, hace 25 años, de la Universidad de Concepción.

Pudiera creerse que en un cuarto de siglo poco puede caminar una institución. Para la vida de un hombre, 25 años constituyen, sí, la mitad del camino. Pero las instituciones se organizan para la eternidad, y en lo eterno 25 años corresponden apenas a una fracción de segundo de la vida de un hombre.

Sin embargo, el sueño magnífico de Virginio Gómez, de Augusto Rivera y tantos otros, ha tenido realizaciones también magníficas en 25 años. ¡Cuántas veces deseamos que los sueños sean realidad! Cuántas veces los caminos de la vida se despojan de asperezas porque un sueño nos hizo ver, en la subconciencia

del reposo, horizontes rosados de esperanzas o metas impensadas de triunfos y conquistas!

Y lo grande es que el sueño de los iniciadores de esta obra encontró realizadores tan decididos, tan convencidos, tan dispuestos y tan bien inspirados, que la hicieron realidad y la transformaron en magnífica contribución a la cultura, no sólo de la ciudad, sino de Chile y de América. Y a la cabeza de estos realizadores de un ideal que se inició con una ensoñación, se destaca la figura de perfecto caballero del ideal, en su perfil físico y moral, de don Enrique Molina,

¡Caballeros del Ideal...! Lanza en ristre y escudados por su anhelo de realizar una obra grande, lucharon esos hombres contra las incomprendiones, contra las limitaciones económicas, contra la indiferencia, contra la maldad a veces, hasta realizar, a fuerza de convicción y tenacidad, la obra cumbre de Concepción, orgullo de su rancio abolengo de ciudad cuatro veces centenaria, joya hermosa que ostenta al mundo y baluarte de la cultura de una raza pujante y valerosa.

Hace 25 años se encendió en la ciudad de Concepción una débil lucecilla que apenas si brillaba en el cielo austral. Poco a poco esa luz pequeñita fué cobrando brillo y esplendor, y llegó el momento en que, alentada por todo un pueblo, se destacó con fulgores propios hasta convertirse en estrella luminosa que señalaba un camino e indicaba una acción.

¡Cuántas luces pequeñitas se encienden en el transcurso de la vida de los pueblos, que no encuentran el hálito necesario para hacer brillar los fulgores propios y se pierden, así, en la inmensidad de la nada!

Así somos también los hombres: pequeñas luces que es necesario estimular para que contribuyan después a facilitar el camino de la sociedad. Unos brillan con luz propia y laboran con tesón en la actividad en que se encuentran empeñados; otros, faltos de luz interior, aparentan fulgores que no tienen, con actitudes y gestos que no corresponden a la verdad. Para los

primeros, la vida es lucha, es entregarse a obras de solidaridad social, es multiplicarse en afán de servir, es sacrificarse en aras de un ideal. Para los otros, la vida tiene finalidades diferentes, que se traducen en actividades que solamente procuran el beneficio propio y no el de la sociedad en cuyo seno actúan.

Crear luces espirituales, alentarlas con su soplo vivificante, contribuir a su crecimiento, es obra que corresponde a la Universidad. Las luces del espíritu, las que permiten el libre desarrollo de todas las facultades, deben encontrar campo propicio en el aula universitaria, para que puedan transformarse en fuerzas creadoras que contribuyan al progreso de la sociedad y al bienestar de cada uno de sus componentes.

Habréis de permitir que declare aquí, con voz plena de orgullo, que la Universidad de Concepción me brindó la espléndida oportunidad de acrecentar las luces de mi espíritu, dándoles fuerza creadora, por lo que le rindo, desde lo más hondo de mi ser, el tributo de mi gratitud imperecedera, con una palabra de recordación cariñosa para Samuel Zenteno, Pedro Gigoux, Corina Vargas, Guillermo Gazabatt, Nora Grimsditch, Blanca Backhouse, Mario Galbiati, Guillermo Benbow y tantos otros.

Perdonad si en este homenaje, que rindo en nombre de la Municipalidad, pongo esta nota personal y sentida de mi gratitud. Y habréis de comprender la razón que me asiste para ello: en un día de mi vida, que no era precisamente el de la plena juventud. Llegué a sentarme en un banco de la Escuela de Educación, para dar satisfacción a mi anhelo de servir mejor el cargo que ocupó en un plantel educacional y de capacitarme para orientar mejor a los niños, a los que he entregado y quiero entregar todo el fruto de mi esfuerzo y cariño.

Pasaba anteayer por el Barrio Universitario y me sorprendió el cuadro magnífico que presenta con sus soberbios edificios, con su iluminación y su campanil, que se me figura un dedo enorme apuntando al cielo y señalando rumbos superiores a la Universidad y a la ciudad. Pasó por mi mente el re-

cuerdo de mis maestros, de mis compañeros de estudio, de los directores de esta noble institución. En silencio, recogíendose mi espíritu en sus intimidades más hondas y sinceras, rendí el homenaje de mi gratitud a quienes llenaron páginas de mi vida que tienen para mí hondo significado. Asocié mi recuerdo al de momentos de inquietud que viviera mi espíritu, movido por un alto y sano propósito de contribuir al bienestar estudiantil... y tropecé en mi andanza con el espléndido edificio del Gimnasio Universitario. Y pensé que el sacrificio de ayer no había sido en vano, porque ha encontrado su compensación en la clara comprensión de sus obligaciones que han tenido todos y cada uno de los miembros directivos de la Universidad.

Y mirando desde lejos el Campanil, con su iluminación feérica, y el Barrio Universitario dormido ya a esa hora, se me imaginó el conjunto como la mano de Dios que esculpiera Rodin en el mármol, forjadora del amor, creadora de las fuerzas del espíritu y asiento de la grandeza del porvenir del pueblo de Chile.

* * *

En nombre de la I. Municipalidad levanto mi copa por ese magno instituto de cultura que es la Universidad de Concepción, que ha alcanzado mayoría de edad y que ha demostrado tener todas las capacidades para manejarse por sí sola, ya que nacida de la iniciativa privada en materia de organización y seriedad de procedimientos.

Brindo por la prosperidad siempre creciente de la Universidad de Concepción; por su Directorio y por su Consejo; por su profesorado y su personal administrativo. Y, con unción de recuerdos y añoranzas de tiempos pasados, brindo también por la muchachada que, día a día, llega hasta sus aulas a beber de la ciencia y de la cultura para servir mañana, en forma más eficiente, los altos destinos de la Patria y de la Humanidad.